

(DOS PLIEGOS)



VERDADERA HISTORIA

DE LA

# GUERRA DE AFRICA

ESCRITA POR UN TESTIGO PRESENCIAL

Puso en el cincuenta y ocho  
nuestro Dios omnipotente  
un cometa ensangrentado  
á ei anochechar al Poniente.

Con el color encendido  
los corazones asusta,  
y fué desapareciendo *(desapareciendo)*  
y en el Africa se oculta.

¡Qué confusión en los hombres,  
haciéndose miles juicios,  
ignorando que señalara  
el sitio del precipicio!

Luego en el cincuenta y nueve  
fueron nuestros desatinos,  
cuando nos fué declarada  
la intención del marroquino.

A Ceuta amenaza el fuego  
y el general no admitía  
sin dar el parte primero  
á nuestra reina querida.

Viéndose precipitado  
falso de resignación,  
pide á O'Donnell que le mande  
reforzar la guarnición,

Los moros se reunieron  
y como brutos se aferran,  
y dentro de pocos días,  
nos declararon la guerra.

Viendo el general los grupos  
y que los males abundan,  
le puso un pliego cerrado  
á nuestra Isabel segunda.

Diciendo:—Mi soberana,  
aquí no tengo padrino,  
se ha puesto contra nosotros  
todo el reino marroquino.

A vuestro permiso aguardo  
en este caso ¡que haré!  
defenderme hasta morir  
y cumplir con mi deber.

Rompiendo la reina el pliego después que la saludaba, encontró del barbarismo una guerra declarada.

Dirigió su vista al cielo, y exclamó diciendo así:

—¡Qué desgracia es esta mía desde el día en que nació!

Resistió su corazón un golpe de desazones vertiendo lágrimas tristes, llamó al valeroso O'Donnell.

—Mira general esta orden que acaba de llegar; por no verlos en España quisiera la eternidad.

Quisiera ser un David perseguido de Adasón, y no verme perseguida de una bárbara nación.

Fui perseguida en mi infancia y ahora en mi edad florida.

¡No quisiera haber nacido por no ser tan perseguida!

No lloreis mi soberana que con la misericordia del Dios de la Omnipotencia será nuestra victoria.

Si O'Donnell tú me consuelas decía lanzando un grito, y si soy víctima de ellos os encargo mis hijitos.

O'Donnell le contestó en fuego de amor deshecho:

—Estas palabras serán las saetas de mi pecho.

El ejército español bajo de vuestra obediencia, defenderá á la patria hasta perder la existencia.

—Sí, pero como son tantos y todos toman las armas, á un recio empujón que hagan ganarán corona y palma.

En la Iglesia vuestra madre la honra del universo en donde ponga sus hijos resiste todo el esfuerzo.

En esto daba un reloj la hora en que le obligaba á la reina el oratorio donde su esperanza estaba.

Puesta en cruz y de rodillas estuvo haciendo oración ante el rey y de los Cielos y la pura Concepción,

¡Dulcísimo Jesús mío! aquí está una humilde esclava, á vos ruego por el reino, por vuestras divinas llagas!

Limpis y pura Concepción! madre del pastor divino, libradnos por vuestro amor del bárbaro marroquino!

¡Oh purísima doncella! decía en sus oraciones, dad buen acierto á mis jefes y buenas disposiciones.

Al día siguiente mandó reunir á sus generales, y les dió á saber la guerra que contiene tantos males.

Dijo el General O'Donnell: —Si Dios me guarda el talento por un hijo que me maten le he de matar cuatrocientos.

Respondió el General Prim de veneno revestido:

—No se envainará mi espada hasta vencer los ímpios.

Contestó el General Echagüe:

—La primera sangre es mía la que ha de manchar el suelo en tierra desconocida.

Contestó el General Ros:

—A mí se me hace tarde si algún tiempo nos tardamos dirán que somos cobardes.

El General Ros de Ojano dijo rechinando el diente:

Mande Vuestra Majestad que estoy pronto y obediente.

Dijo el General Zabala: —Con el rigor de mi brazo, á su ídolo Mahoma le tengo de hacer pedazos.

Dijo el General García  
lleno de ira enfureció;  
—No puedo tener sosiego  
hasta verlos degollados.

Estos siete Generales  
defensores de la fé,  
hacen propósito firme  
que han de morir ó vencer.

De la noche á la mañana  
se entera el pueblo español  
sin haber fuerzas humanas  
que sujeten la nación.

Unos regalan dinero  
otros regalan ganados,  
no se halla en la historia  
pueblo tan entusiasmado.

En aquel día funesto  
que el ejército marchó  
vino el Señor Arzobispo  
á echarles la bendición.

El Dios de misericordia  
será vuestros norte y guía,  
y la Pura Concepción  
vaya en vuestra compañía.

La Reina Isabel segunda  
al ver tan lucida gente,  
sin poderse contener  
sus ojos eran dos fuentes.

—¡Ay que columna de mozos  
á los bárbaros les mando,  
las madres de cada uno  
por ellos quedan llorando.

Al mismo tiempo en la Iglesia  
al alto cielo clamaba,  
estado en misa mayor  
las rogativas tocaban.

Por Málaga y Algeciras  
principiaron á embarcar  
sin temer á los rigores  
de las bravezas del mar.

En Ceuta desembarcó  
el ejército ofendido,  
poniendo su campamento  
á vista de los impíos.

Llegó el día diez y nueve  
día de Santa Isabel  
el que será memorable  
en los que sepan leer.

Descuelgan por ello  
la mitad de morería,  
atolondrado el país  
con voces y gritería.

Preparó el General Echagüe  
la división que mandaba,  
y al tocar llamada y tropa  
los corazones temblaban.

Bataliones á las armas,  
que se van aproximando  
entonando una algarazara  
como los perros aullando.

Artilleros, prepararse  
con la mayor ligereza  
oído á lo que se manda  
y no bajar la cabeza.

¿Qué se dirá en las historias  
que hagan los inhumanos,  
si á los moros montaraces  
le temieran los cristianos?

Ea, bravos españoles,  
hijos del catolicismo,  
paso redoblado marchen,  
á vencer el barbarismo.

¡Ea Reina celestial,  
hímpia y pura Concepción,  
sin tí no puedo vencer  
á esta bárbara nación.

Barbastro, rompe el fuego,  
y al mismo tiempo Borbós,  
y á la Albuera por el centro  
sin perder la dirección.

¡Ah regimiento del Rey  
que en tí está mi confianza  
que tenéis en la bandera  
el espejo de la patria.

Rompan fuego por hileras,  
cazadores de Madrid;  
¡ay que batallón de fieras  
cargando hasta morir.

¡Ah, batallón de Simancas,  
rompan el fuego, ganando  
terreno por la derecha,  
que ya nos vienen cargando!

Qué descargas tan cerradas  
suenan estos batallones,  
los moros venían ciegos  
á cogerles los cañones.

Dijo un jefe de artilleros  
sobre una pieza exclamando:

—Santa Bárbara bendita  
dadme acierto á lo que mando.

Por un blanco que le hicieron  
disparan la artillería  
y no han visto los nacidos  
tan atroz carnicería.

Quedando el campo cubierto  
de moros pataleando,  
y lós diestro artilleros  
con violencia cargaron.

Fuego á discrección le mandan,  
hasta allí los artilleros,  
per cada mano soltaban  
un bravo volcán de fuego.

Què estruendo de tambores  
tocando el paso de ataque!  
fuego ganando el terreno  
y las cornetas delante.

¡Ay, que firmes batallones  
en el fuego graneado;  
de moros muertos y heridos  
dejan el campo sembrado.

Dijo el general á voces:  
—Hijos míos, adelante,  
aunque me han quitado un dedo  
falta ninguna me hace.

Viéndose tan fatigado  
y la mucha fuerza aprieta  
les mandó hacer alto el fuego  
y entrar á la bayoneta.

Ea, Reina Celestial,  
divina y hermosa aurora,  
amparad á mis hijitos  
y ayudadme en esta hora.

Apenas la exclamación  
la concluyó el general  
los moros que había vivos  
comienzan á retirar.

Quedó el serrallo por nuestro,  
quedó el Terrazgo ganado,  
ahora falta que ganar  
la casa del renegado.

Llegó el primero de Enero,  
día después de año viejo,  
¡ay que día de fatigas  
por tomar los Castillejos!

Apenas la hermosa aurora  
nos mandó la luz del día,  
expidió el general Prim  
las noticias de un vigía.

Diciendo:— La multitud  
de moros que sé presenta  
en todo cuanto descubro  
la tierra tiene cubierta.

Después de tocar diana  
mandó formar batallones  
y prevenir las brigadas  
que no falten municiones.

Por la falda de la Sierra  
dirigió la artillería  
y al mismo tiempo mandó  
formar la caballería.

—Soldados, para tomar  
esta marcha cuesta arriba,  
para ir mas desahogados  
descargarse la mochila.

Si la mochila se pierde  
poco se puede temer  
defendamos la bandera  
hasta morir vencer.

¿Cómo habeis de consentir  
que vuestro general muera  
en manos de los impius  
y se pierda la bandera?

Tomándola por el asta  
sa subió por el collado  
¡Bravo león que se suelta  
delante de los soldados?

Fue tan recio el tiroteo  
que los moros le tiraron  
que á causa de aproximarse  
el caballo le mataron.

—Españoles, no temer  
á las garras de la muerte  
que si mi caballo es muerto  
aquí teneis el ginete.

Ea, Virgen de los Reyes,  
fuerte torre de David,  
sin vuestro Diviuo auxilio  
no puedo salir de aquí.

—Batallones, prepararse,  
fuego en columna cerrada,  
y á la descarga que hicieron  
hasta la tierra temblaba.

Al mismo tiempo rompió  
el fuego la artillería,  
y una nube se formó  
que el campo no se veía.

Rompió la marina el fuego  
en nuestros buques de guerra,  
y en las cañoneras  
por la falda de la sierra.

Cuando no pueden salir  
donde su objeto se inclina,  
de ira pateaban  
los soldados de marina.

—¡Hijos míos, sosegarse,  
el coronel les decía,  
si quereis saltar en tierra  
también os llegará el día!

Los húsares por el valle  
rompen el toque á la carga;  
¡qué lástima de escuadronas  
que mala hora les aguarda!

En una gavia cubierta  
los soldados se atollaban,  
y los moros emboscados  
tiran descargas cerradas.

Se lamentan los heridos  
llamando á su padre y madre,  
á voces pedían agua  
con la falta de la sangre.

Unos dicen:—Compañeros,  
yo soy muerto en esta acción,  
no llevo más sentimiento  
que me han matado á traición.

Otros dicen:—Paisanitos,  
mi existencia falleció;  
darle noticia á mi madre  
que me encomiende á Dios.

Aunque el fuego los abrasaba

y mucha gente perdían,  
jamás se le conoció  
un punto de cobardía.

Cuando vió el general Prim  
la emboscada que tenían,  
del fuego que les mandó  
pedra, monte y tierra ardía.

Llegó el general Zabala,  
que á darles auxilio venía,  
y en la falda de la sierra  
colocó la infantería.

Rompió el General Prim  
el toque de generala,  
sin poderse contener  
con la ira que llevaba.

¡Ay que columnas de mozos  
cargando la bayoneta!  
en la Virgen de los Reyes  
llevan la esperanza puesta.

Dejando el campo cubierto  
con la sangre que corría,  
ocultando el sol sus luces  
y la noche obscurecía.

Principian á cortar moros  
mas brutos que un animal,  
y por no ser prisioneros  
se tiraban á la mar,

¡Ay Virgen de la Victoria,  
que ya el fuego se acabó!  
¡Viva la Misericordia  
del divino Salvador!

¡Viva la Iglesia romana,  
viva la reina Isabel,  
viva la armada española,  
que no han podido vencer.

El poeta contenido  
á todo pide perdón.

## SEGUNDA PARTE

# CAMPAMENTO Y SANGRE

Quedaron nuestros valientes  
firmes en el campamento,  
aguardando al marroquí  
por horas y por momentos.

Tenían conversaciones  
de los casos ocurridos,

revestidos de valor  
cada vez mas encendidos.

Con el tiempo tan contrario  
pasaron muy malos ratos  
en las tiendas de campaña  
como tres en un zapato.

Con el mar embravecido,  
y el temporal tan terrible,  
no podían ir los barcos  
á llevarles comestibles.

Si alguna hambre pasaron  
no se puede remediar  
nunca se diga que ha sido  
descuido del general.

Mucho padeció el ganado  
y la tropa al mismo tiempo  
bien podéis considerar  
que en lo que digo no miento.

Cuando la misericordia  
el mar ha tranquilizado  
de cuanto fué necesario  
todo les quedó sobrado.

De día cortaban leña  
y hacían buenas candelas,  
y los jefes vigilaban  
la línea y los centinelas.

Unos registran los muelles,  
otros cuidan de las ollas,  
otros buscan el tintero  
para escribir á la novia.

Llegó el 14 de Enero,  
aquella fresca mañana,  
deleitando con los tonos  
del toque de la diana.

Apenas la hermosa aurora  
las tinieblas disipaba,  
viendo cubiertas de moros  
las cumbres y las cañadas.

Todos se quedan mirando,  
llamándoles la atención,  
en este frente se hallaba  
la tercera división.

Se dicen unos á otros:  
día de fandango es hoy;  
al que le toque la china  
está demás el convoy.

Sea lo que Dios quisiere,  
otros dan por respuesta;  
la diana hemos oído  
quién oirá la retreta!

Tomaba el general Prim  
el antecjo y miraba  
aquel número de brutos  
que tanto le amenazaba.

Sin romper la voz de mando,  
dijo con la vista al cielo,  
¡ay Dios de misericordia  
en quién tengo mi consuelo!

S-ñor Dios de los ejércitos  
por vuestra amarga pasión,  
dadme acierto en lo que mando,  
que no perdamos la acción.

Sagrada Virgen del Cármen  
auxilio de los cristianos,  
poned en vuestra defensa  
vuestra poderosa mano.

Hermoso sol de los cielos,  
espejo de los profetas,  
vida y dulzura en que vive  
toda la esperanza nuestra.

Con vuestra licencia y gracia  
doy principio al movimiento  
dirigidme madre mía,  
iluminad mi talento.

Mandó tocar á las armas  
y á linear batallones,  
y el clarín á botasilla,  
y formar los escuadrones.

Al frente del enemigo  
puso la caballería  
y detrás de los caballos  
colocó la artillería.

Le mandó á los comandante-  
revistar las municiones  
además de las que había  
tomaron más prevenciones.

Color pálido en la cara  
presentaban los soldados,  
el caso no espera menos  
porque el lance es muy pesado.

Españoles no temblar,  
que vamos á Cabonegro;  
hoy demuestran los cristianos  
sus corazones de hierro.

Soldados, no separarse,  
ampararse unos á otros,  
que vamos á desfilar  
por un sitio peligroso.

Ea, bravos cazadores,  
vosotros sois los primeros,  
poned oído á los toques  
que vamos á entrar en fuego.

El disparo de los moros  
no cesaba graneado  
y de minuto en minuto  
venía multiplicando.

Les mandó á dos batallones  
que despleguen en guerrilla,  
y al mismo tiempo mandaba  
que preparen las camillas.

Podemos considerar  
cual amarga es la agonía  
del que á la vista le pone  
á su sepultura en vida.

A la voz de un brigadier  
rompieron el fuego en masa,  
en el nombre de Dios Padre  
llevan toda su esperanza.

Siguieron el graneado  
desterrando los temores,  
tocando paso de ataque  
las cornetas y tambores.

Los jefes á la cabeza  
decían:—Firme, españoles,  
que el moro retira pronto  
temiendo nuestros riguros.

¿Qué se dirá de nosotros  
si en éste caso tememos?  
Van á decir en España  
que el pan no lo merecemos.

La tierra no se descubre  
con los moros que venían,  
y así que se aproximaron  
disparan la artillería.

Véfan volar los hombres  
partidos por la mitad;  
el estruendo de aquel día  
no te lo puedo explicar.

Entró Castilla y Simancas  
tocando paso de ataque,  
revestidos de veneno  
en medio de este combate.

—Fuego y firme Cazadores,  
y no temer, hijos míos,  
soldados, ¡viva la Reina!  
¡mueran, mueran los impíos!

Una bandera española  
colocaron en lo alto,  
perdiendo el moro el terreno  
á la carrera y al salto.

Entre el humo y la neblina  
formaron una espesura  
que á los diez y siete pasos  
no se ven las criaturas.

Primero y segundo cuerpo  
desfilaron por la playa,  
con un espíritu recio  
más firme que una muralla.

Pisando conchas de almejas  
en país desconocido,  
dejando muchos en tierra  
de: cólera y mal heridos.

Con el ros sobre la cara  
y el fusil de cabecera,  
á voces llamando á Dios  
y á su madre verdadera.

—Agua, agua, repetían,  
decían con los calambres,  
la muerte que á mí me acaba,  
no contarsela á mi madre.

Quisiera morir de un tiro,  
al soplo de una espingarda,  
y que no me diera Dios  
esta muerte tan amarga.

Los lamentos que sonaban,  
los clamores que se oían,  
trastornaban el setido  
los golpes de la artillería.

Morían los infelices  
en tan triste desventura,  
y de allí le conducían  
á la eterna sepultura.

Todo el ejército entró  
por el desfiladero,  
con la gran misericordia  
de nuestro Dios verdadero.

Y según la posición  
que el enemigo tenía,  
si tienen agilidad  
con piedras nos confundían.

Las cumbres y los collados  
los llegaron á tomar,  
y desplegando la vista  
divisan á Tetuán.

Descubriendo las lagunas  
huertas y árboles frutales,  
y algunas casas de campo  
y espesos cañaverales.

Vieron la torre Gelelis,  
fuerte del río Martín  
y aquellas largas lanuras  
no les descubren el fin.

Allí pusieron los nuestros  
las tiendas del campamento  
y al otro día en España  
lo decía el suplemento.

Dieron gracias al Pastor,  
aquel Divino Cordero,  
y el moro quedó aguardando  
el treinta y uno de Enero.

Las fatigas que pasaron  
an aquel día terrible,  
solo pudo tolerarlas  
nuestro ejército invencible.

No se tocó la diana  
hasta que el valiente O'Donell  
viendo el moro en movimiento  
tomó nuevas posiciones.

El viento se desató  
poniendo moros al frente  
por el Norte y Mediodía  
y la parte del Poniente.

Parecen lobos aullando  
la algazara que traían  
en el lenguaje de ellos  
que nadie les entendía.

Con las gurias y espingardas  
desde lejos amenazaban  
señalando con la muerte  
que tanto nos deseaban.

Principiaron los disparos  
como siempre acostumbraban,  
romper el fuego primero  
sin que los nuestros tiraran.

El general Ros de Olano  
se prepara por el centro  
deseoso de cargar  
como un tigre sangriento.

Dirigió la vista al cielo  
y exclamó: —Dios verdadero  
hoy te llaman los cristianos  
en un país extranjero!

¡Sagrada Virgen de gracia,  
vos que tenéis el poder,  
librados de aquestos brutos  
que no conocen la fé!

¡E-p-o-s-a del Padre Eterno,  
amparar á los cristianos  
que estamos en tierra extraña  
sin saber por donde vamos.

Parece que le dijeron,  
no temáis al enemigo,  
que cada vez que me llames  
Dios y yo somos contigo.

Puesto al frente de las filas  
le palpita el corazón  
y el corneta con su mando  
tocó el punto de atención.

A voces dijo:—Españoles  
todos me habeis de seguir,  
y si yo contramarchare  
el primer tiro sea á mí.

Y si por mi cobardía  
se dejare de atacar  
dividirme la cabeza  
sin tenerme caridad.

Ea, hijos, prepararse,  
no mostrarse temerosos  
ampararse como hermanos  
y Dios vaya con nosotros.

Rompe el fuego á la izquierda  
con tal ira y con tal brío,  
la mayor parte enemiga  
le carga el general Ríos.

Viéndose este general  
que tanto fuego le cerca,  
le obligó formar el cuadro  
con la mayor ligereza.

Ea, batallón de Iberia,  
de Málaga y Cantabria,  
vuestra memoria es eterna  
como las flores de Arabia.

Romper fuego las tres filas  
con el mayor desatino,  
de este modo sostuvieron  
las fuerzas del marroquino.

En medio del cuadro exclama  
¡Altísimo rey del cielo,  
por la noche que nacistas  
entre la escarcha y el hielo!

Dulcísima medianera,  
sacra Virgen del Pilar,  
á vuestro auxilio llamamos  
Capitana Celestial.

¡Esposa de los cantares,  
fuente de las maravillas,  
ya no quisiera ver más  
heridos en las camillas!

Viéndose tan fatigado  
sin tener remedio humano,  
entra la caballería  
del general Galiano.

Atravesando lagunas,  
metidos en los pantanos,  
unos van á lanza en ristre  
y otros van á sable en mano.

Los caballos braceando,  
los infantes atollados  
metidos en los fangales  
con el fusil elevado.

Las espingardas crugiendo  
vomitan lenguas de fuego,  
y le entraron de improviso  
á la carga los lanceros.

Aprieta Villaviciosa  
soltando sangre y lamentos,  
nuestro jefe principal  
observaba el movimiento.

Viendo el general O'Donnell  
las fuerzas más aumentadas,  
mandó un parte que viniera  
la artillería rodada.

Ea, bravos artilleros,  
mirad á vuestros hermanos,  
la felicidad de ellos  
depende de vuestra mano.

Ciegos se tiran al lago  
cruzando el atolladero,  
con el agua en la cintura  
marchando y haciendo fuego.

Las bestias hasta la cincha,  
las cureñas arrastrando,

unos daban latigazos,  
otros iban disparando.

Trastornados los sentidos,  
tronando la artillería  
y las descargas que daba  
nuestra brava infantería.

La fuerza del marroquino  
de caballería es mucha,  
y todos se presentaron  
al teatro de la lucha.

Del general Galiano,  
de aquel valiente guerrero,  
oyeron la voz que dijo:  
«á la carga, coraceros»

Parece que los tiraron  
y en los encuentros primeros  
salían rayos de luces  
de los filos del acero.

Los clarines á degüello,  
los tambores al ataque,  
y las cornetas á fuego  
entonaron el combate.

Las espadas relumbraban,  
los caballos relinchando,  
y advirtiendo de improviso  
que el moro va retirando.

Sobre la sierra Bermeja  
se fugan á la carrera,  
y quedaron hondeando  
nuestras honrosas banderas.

¡Gloria á Dios en las alturas,  
viva el divino poder,  
viva la Reina del Cielo,  
viva la reina Isabell!

¡Viva el ejército bravo,  
que tan bién se ha comportado  
no se puede imaginar  
la sangre que hau derramado!

## TERCERA PARTE

En sus tiendas descansaban  
nuestro ejército guerrero  
y estaba con vigilancia  
el día tres de Febrero.

Por el Norte respiraba  
un viento desagradable,

toda la noche duró  
desde las tres de la tarde.

Amaneció el día cuatro  
y alguna nieve caía,  
y un pacífico levante  
al país le acometía.

Los valles y los collados  
todos los vieron cubiertos  
de moros, que aquél día  
estaban en movimiento.

Viendo á los brutos en masa,  
sin guardar la formación  
dijo el general O'Donnell:  
«Hoy te pruebas corazón.»

Dirigió su vista al cielo  
y al Altísimo le clama,  
diciendo:—Pastor Divino,  
yo soy aquél que te llama,

Hermoso sol de justicia,  
justo, divino y humano,  
poned en vuestra defensa  
vuestra poderosa mano.

Ea, Virgen de los reyes  
dadme acierto en lo que mando  
como en tiempo se lo diste  
al tercero Rey Fernando.

Ea, salud infirmorum,  
reina del cielo y la tierra,  
ayúdame, madre mía,  
á poner este plan de guerra.

Ea, Salvador del mundo,  
ya vamos á dar principio,  
en rompiéndose los fuegos  
será el día del juicio.

Al punto mandó al corneta  
torcar llamada de honor,  
dió la orden á sus j-fes  
luego que los reunió.

Ea, bravos generales,  
ya estamos comprometidos,  
la luz celestial nos guía  
y nos alumbró el sentido.

Mirad que masas tan gruesas  
nos vienen circumbalando  
á ocultarse en la espesura  
y se van multiplicando.

Alrededor de las trincheras  
mucha fuerza se les vé,  
unos estaban sentados  
y otros estaban de pié.

Allí está todo el rigor  
que tiene la guerra,  
y en medio de aquellos grupos  
se les vé la artillería.

No digo que no se gane  
porque se puede ganar:  
no siento más que la sangre  
que hoy se va á derramar.

Para poderles quitar  
las tiendas que tienen puestas  
¡cuantos de los nuestros van  
al tribunal á dar cuenta!

Contestó el general Prim:  
«¡ay que día nos espera;  
ó me convierten en polvo  
ó les cojo las trincheras!»

Respondió el general Ros:  
«si se me permite el centro,  
no dejaré de cargar  
hasta dar el último aliento.»

Dijo el conde de Lucena:  
«á mi vez todos atiendan,  
hizo la señal al corneta  
que tocara á batir tiendas.»

Principian á doblar lienzo  
muy diestros y diligentes  
apareciendo en sus rostros  
la palidez de la muerte.

Se pusieron las mochilas  
con pronto vigor y brío,  
con las manos perturbadas  
de los azotes del frío.

—Batallones á delinear,se,  
manda el general O'Donnell:  
mirad la nube que viene  
contra nuestros corazones.

De los bravos ingenieros  
desfile una compañía  
á proteger el costado  
y marche la artillería.

Parece ser increíble  
el silencio que llevaban,  
parece que Dios lo hizo,  
ni un caballo relinchaba.

Manda el conde de Lucena  
columna firme y al brazo,  
y al mismo tiempo una launcha  
disparaba un cañonazo.

Rompen los moros el fuego  
en la falda de la sierra,  
y el sol no hacierto á salir  
á resplandecer la tierra.

Este fuego se dirige á treinta y dos batallones, hallándose en la vanguardia los primeros escuadrones.

Unos quedaban del tiro, otros cuelgan del estribo del teatro de aquel día no sé que decirte amigo.

— Paso redoblado, marche; mandaban el general Prim, catalanes, á la carga hasta vencer ó morir.

Soldados, viva la patria y viva Isabel segunda; será testigo del hecho este sol que nos alumbra.

Les mandó romper el fuego apretando muy de veras, ninguno vuelva la cara hasta coger las trincheras.

Así que se aproximaron la vista se perturbaba con el humo y el pánico que los moros disparaban.

Delante de las trincheras está un sitio peligroso, una gavía que tenía la profundidad de un foso.

Atravesarla no pueden ni pasar al otro lado, y al mismo tiempo los moros les tiraban atrancados.

Resonaban los lamentos que daban los desgraciados cubiertos con los difuntos, los heridos y desangrados.

La marcha se les perturba sin dar un paso adelante cuando vieron fallecer á su primer comandante.

Venía el general Prim como viento desatado, á darles disposición á los pocos que han quedado.

Sin temer aquel peligro al frente de ellos se puso y estas palabras les dijo obligando su discurso:

— Voluntarios catalanes, os veo arrepentidos, ¿en donde está la palabra que me habiais ofrecido?

Si le tememos al fuego y á los filos de las gúmbias, aquí vamos á perder el honor de Cataluña.

¡Qué lástima de bandera con tan preciosos colores que se la lleven los moros por no tener defensores.

Ellos que atentamente escuchan y oyeron estas razones, se aumentó con violencia el fuego de sus corazonas.

Agarraban los difuntos, yo no sé como lo digo, tirándoles en la gavía fueron puente de los vivos.

El salto que dió el caballo que llevaba el general, lo consideraron que fué de seis varas algo mas.

Hizo la señal al corneta de dar el toque á degüello y en altas voces decía: soldados vamos á ellos.

Cargaron los Catalanes, cargó León y Sabolla, desde aquel día los moros nos tendrán en la memoria.

Quién no vió las bayonetas tan limpias y blanqueando, dentro de pocos instantes estaban coloreando.

El general se dirige con un soldado á su vera, sin temer á la ruina salió por una tronera.

Al mirar por la derecha un solo moro que vió le dividió la cabeza del golpe que le tiró.

Perdió el moro la trinchera falleciendo su esperanza, en donde vieron correr la sangre con abundancia.

Al mismo tiempo las masas hacen la tierra temblar con las descargas que daban sin dejar de disparar.

Nuestros bravos artilleros tiraban con desatino, que los botes de metralla se alcanzan en el camino.

Los cañones de los moros vomitaban balas rasas, unas se quedan cortas y otras por encima pasan.

A discrección, artilleros, manda el general O'Donnell, ¿qué fuego no soltarían? sesenta y cinco cañones.

Una lluvia de granadas dirigen el parapeto, derrotando cuanto había que era el principal objeto.

Sintieron temblar la tierra del estallido que dió el monte de llama y humo cuando el repuesto se ardió.

Rompen las músicas todas tocando marcha real, la gloria de aquel momento no te la puedo contar.

El ruido atolondraba, la artillería tronando, los clarines y cornetas daban las voces de mando.

Se formó una gruesa nube que el campo no se veía, era una tupida breña con el humo que saía.

Nuestro general García dijo á la guardia civil: soldados, espada en mano hasta vencer ó morir.

El permiso que quereis ya lo teneis concedido; parece que desataron á tigres embravecidos.

Cargan el cuerpo al estribo y aprietan sin embarazo, creo que Dios les aumentaba fuerza en aquellos brazos.

Las espadas relumbraban dándose tan buenas trazas, que al momento se veían de sangre hasta la taza.

Los moros en su lenguaje decían desesperados; con uno nos contentamos del sombrero atravesado.

En al golfo de esta lucha se le aumentaba el consuelo: oyen tocar á la carga el clarín de los lanceros.

Entre el humo y el polverío decían, á la lanza en mano, ahora nos pagaréis la sangre de mis hermanos.

Tiraban á un lado y á otro con tal destreza y locura, que el golpe que al frente daban no sé como tenga cura.

Al mismo tiempo cargaron las masas de infantería, entrando á la bayoneta á lo que el moro temía.

Para pintarme este cuadro parece un sueño profundo, creíamos que en aquel día venía el fin del mundo.

Allí perdieron el orden todos fueron desatinos, muchos tiraban al bulto el golpe fuera de tino.

Las fatigas de aquel día las verás en la comedia, cogía el ala del fuego algo más de legua y media.

¡Qué estruendo de tambores, de clarines y cornetas, el moro va retirando del golpe de bayoneta!

Cogieron los parapetos, cogieron la artillería, cogieron dos culebrinas, las tiendas y cuanto había.

De moros muertos y heridos se quedó cubierto el suelo rogando por el Dios grande nos atolondraba el duelo.

Unos tiran la espingarda,  
otros tiran el turbante,  
y en precipitada fuga  
huyen los moros delante.

Volvi la cara y veía  
lá causa de muchos lutos,  
el destrozo que han causada  
aquel número de brutos.

Mas de cinco mil cristianos  
manchaban la tosca arena,  
y en el suelo se bañaban  
en la sangre de sus venas.

Aquí resuenan clamores,  
allí resuenan lamentos,  
no puedo pintarte, amigo,  
aquel teatro funesto.

Los caballos sin jinetes  
con las bridas arrastrado,  
marchaban á discrección  
por el campo relinchando.

Aquí rompen un estribo,  
más allá tiran las sillas,  
camino del botiquín  
se cruzaban las camillas.

Nuestros disetros zapadores  
hicieron en un momento  
zanjas de profundidad  
para colocar los muertos.

Así nos pasó ganando  
¡cual estará el que ha herdidol  
estará prevericando  
hasta perder el sentido.

Se quedó Muley-Abbas  
falto de valor y aliento,  
y al momento demostró  
bandera de parlamento.

Ya se cortaron los fuegos  
viva la misericordia  
que tanto nos favorece  
la Virgen de la victoria.

Viva el Sa'vador del mundo  
la Virgen de los Dolores,  
viva nuestra amada Reina  
y todos sus defensores.

El poeta contenido  
á todo pide perdón,  
si alguno hubiere ofendido  
hasta dar la conclusión.

## CUARTA PARTE

### Tratado de paz en la guerra de África.—Entrevista del General O'Donell y el califa Muley-Abbas

*Moro.*

Cristiano, ya llegó el día,  
decía Muley-Abbas,  
por el Dios grande que adoras  
de rogarte por la paz.  
¿Qué Santo ruega por tí,  
ó quién tienes á tu lado,  
que no has perdido una acción  
entre tantas como has dado?  
Dime, ¿quién te ha protegido?  
¿quién ha sido tu escudero,  
que tanto acierto has tenido  
en un país extranjero?

*Cristiano.*

Puse mi espíritu en Dios  
cuanto salí de mi casa,  
y me viene defendiendo  
María llena de gracia  
la Reina de tierra y cielo,  
aquella que tu desprecias,

que estás queriendo á Mahoma  
sin creer en la pureza

*Moro.*

Ya veo que es imposible  
resistir tu artillería,  
en no cortando este fuego  
fallere la morería.  
El golpe de bayoneta  
nos tiene tan asustados  
que en oyendo decir «carga»  
se dispersan mil soldados.  
Pregunto: ¿que regimiento  
es ese de las casacas,  
con cordones amarillos  
que con tanta ira atacan?

*Cristiano*

Húsares de la princesa,  
los poquitos que han querido  
que los moros traicioneros  
bastantes me han destrozado.

Si quieres ver lo que son  
manda los tuyos al llano,  
y yo les mandaré dar  
una carga sable en mano.

*Moro.*

Dime, ¿cuales son aquellos  
del sombrero atravesado?

*Cristiano.*

Esta es la guardia civil,  
la que nunca me ha faldado,  
míralos que quietecitos,  
qué humildes y qué callados,  
tan mansos como los ves  
tan bravos son enfadados.  
Manda doble de los tuyos,  
y antes que rompan el paso,  
mira donde te colocas  
no te alcance algún chispazo.

*Moro.*

¿Y aquellos de las banderas?

*Cristiano.*

Aquellos son los lanceros,  
que si les mando cargar  
vas á probar el acero.

*Moro.*

Cristiano, asustado estoy,  
¿faltarán á tu obediencia  
y ofendidos como están  
me harán perder la existencia?

*Cristiano.*

Descuida, nada te harán,  
acáson mis soldados  
bárbaros como los tuyos  
que se matan á bocados?  
¿no sabes que en los cristianos  
está la caridad humana?

Si tú me hubieras vencido  
mis hijos no lo contarán:  
cuando un prisionero tuyo  
ha venido á mi poder,  
lo primero que he mandado  
que se le dé de comer.  
Las que tú has cogido míos,  
infelices desgraciados,  
que entre los bárbaros moros  
han sido sacrificados.  
Mira moro que me tienes  
traspasado el corazón,  
que me ha tenido sin sueño  
tu mala comportación.

Acuérdate que en Melilla  
un provincial me degollaste...  
si el cielo me diera alas  
me hallaría en todas partes.  
No se comerá la tierra  
las lagrimas de las madres,  
que en aquel caso quedaron  
muchos hijos sin padre.  
Vente conmigo á los llanos  
y el inglés que te habilita,

verás la fuerza que manda  
la armada de Isabelita.  
Dicen que somos cobardes  
y que no somos guerreros...  
el hablar á discreción  
es medida sin rasero.  
El te dió las balonetas,  
pólvora y comestibles,  
y también te dió á la mano  
piezas de mayor calibre.  
No habia de mirar más  
que lo he sentado á mi mesa  
y me ha cargado á la oreja  
como los perros de presa.  
En el golfo de la guerra  
una deuda me pidió,  
y apenas vino la orden  
al punto se le pagó.

Tuvo presente el adagio  
como dice el resentido,  
«todo el mundo corta leña  
del árbol que está caído.»  
Entre los pobres mendigos  
que tiene España en su centro,  
juntan cuarenta millones  
para pagarle al hambriento.

Vaya el inglés muy con Dios  
lo mismo te digo á ti,  
que componéis dos canallas  
uno y otro contra mí.  
Mi cuerpo se me estremece,  
no puedo tener consuelo,  
no he visto en tí una partida  
que sea de caballero.  
Estando en misa los míos  
con los tuyos me cercastes,  
¿cómo tuvistes valor  
estando Dios por delante?  
La suerte que tú has tenido  
y así lo puedes decir,  
que te han quedado soldados  
por ser hijos del pais  
¡Cuántos han matado míos  
que han muerto por su desgracia!  
porque le han perturbado  
las vendas de la ignorancia.  
En fin, moro, ¿qué me pides?

*Moro.*

Cristiano, tranquilidad,  
que ya no tenemos fuerzas,  
acierto ni agilidad.

*Cristiano.*

Moro, cuanto tú me pides  
lo hago de buena gana,  
aguarda que le da parte  
á mi Reina soberana  
Te devuelvo á Tetuan  
y tierras de pan y pasto,  
nada necesito tuyo  
en pagandome los gastos.

— Si mi augusta condesciende  
ajeto mis batallones,  
— si ta coformas al pago  
de cuatrocientos millones.

*Moro.*

Deja que pase la noche  
á mi cuenta tiraré,  
y ver lo que resolvemos  
y yo te responderé.

*Cristiano.*

En no viniendo á las seis  
á las faldas de esta sierra,  
pongo en facha los rayados  
y Tánger cae por tierra.

Amaneció el día siguiente  
cuando la hora llegó,  
no pudo venir á tiempo  
y un mensajero envió.  
Con una bandera blanca  
marchaba con agonía,  
á darle parte á O'Donnell  
que Muley-Abbas venía.  
Divisaron á lo largo  
venir á Muley-Abbas  
y otros que le acompañaban  
para efectuar la paz.  
Mandó nuestro General  
que las músicas formaran,  
y hacerle recibimiento  
y la marcha le tocaran.  
Al oír tantas cornetas  
y clarines de armonía,  
los hombres se estremecieron  
y lloraban de alegría.

Una tienda nueva hicieron  
en donde se colocaron  
Muley-Abbas y otro Jefe,  
y la paz efectuaron.  
Todos prestaron las firmas,  
bajo de estas condiciones:  
de pagar en cuatro tercios  
los cuatrocientos millones.

*Cristiano.*

En dando el último pago  
luego que llegue la hora,  
te devueivo á Tetuan  
pagándome las mejoras  
Lo tienes más aseado  
que la palma de la mano,  
y antes me parecía  
retrate de los marranos.  
Una guarnición se queda  
en esta tienda pretoria,  
en donde obraré edificios  
para la eterna memoria.  
Y si no me contribuyes  
el día que hemos tratado,  
hasta que me correspondas  
me mantienes los soldados.  
Aconséjale á los tuyos

que no sean insultantes  
y si ofenden á los míos  
pasará el cuento adelante.  
Porque son muy traidioneros  
y no tienen caridad  
y con sus malas ideas  
deshonran la humanidad.  
También quiero en Santa Cruz  
franca una pescadería,  
para que los pescadores  
puedan buscarse la vida.  
Una guardia de los tuyos  
en defensa de los míos,  
has de poner en Melilla  
para no ser ofendidos.  
Si acaso los montañeses  
cargan de día ó de noche,  
los tuyos estén primero  
resistiendo el primer golpe.  
Han de venir ingenieros  
de tu parte y de la mía  
á señalar el terreno  
que ha costado tantas vidas,  
dejando firmes testigos  
en la línea divisoria  
para que en lo sucesivo  
nos tengan en la memoria.  
Y cuando mi reina quiera  
mandaré obrar un convento  
á vista de Tetuan  
sin ponerle impedimento,  
donde tengan residencia  
los misioneros de España,  
para que rueguen á Dios  
por los muertos en campaña

Muley-Abbas condescendió  
disimulando el enojo,  
con aquel mismo gracejo  
que al que le sacan un ojo.  
Despidiéronse gustosos,  
y al cielo le dieron gracias,  
y aquella noche pasaron  
con la mayor vigilancia.  
Lo primero que mandó  
nuestro Jefe principal,  
fueran desarmados  
confiados en la paz.  
El regimiento de León  
puso una guardia en el puente  
hasta que la hermosa Aurora  
amaneció en el naciente.  
Principian á pasar listas  
en todos los batallones,  
y en las escuadras del mar,  
baterías y escuadrones  
¡Cuántos y cuántos nombraban  
y ninguno respondía!  
por no decir falleto  
todos se desentendían,

